
PAUL VIRILIO

El ciber mundo, la política de lo peor

Madrid, Cátedra, 1997, 112 p.

N iños, no corráis por el patio, os parecerá más grande”: este axioma se configura como el síntoma de la elaboración conceptual que el filósofo francés Paul Virilio realiza de lo que él considera la puesta en práctica sistemática del ciber mundo. Con formato de entrevista, Virilio piensa acerca de los fenómenos extremos que canaliza el fin de siglo, injertados en el universo técnico de la información. La amenaza técnico-informática alcanza, en la posición teórica de Virilio, casi la metáfora del día perpetuo, en tanto implica una iluminación total de todos los instantes. El universo cibertécnico erradica la distancia cósmica irreductible entre el día y la noche, erradicación que sintetiza la política de disolución de lo dialéctico, definitoria del ciber mundo.

Virilio construye su teoría sobre el universo cibernético desde el concepto de desplazamiento, es la suya una mirada sobre los descentramientos convocados en el universo ciber: del discurso al trayecto, del espacio al tiempo, del cuerpo al clon, del ciudadano al hombre-planeta, estos desplazamientos ponen en funcionamiento la literalización de los atributos tradicionalmente divinos: ubicuidad, instantaneidad e inmediatez. Estos son los ítems del universo finisecular, donde se pierde paulatinamente la persistencia cognitiva de la visión y la organización del contacto entre los sujetos.

La noción a partir de la cual Virilio trabaja estos desplazamientos es la de *ciudad*, como forma política de la historia y como lugar del habitar, síntoma y espacio del sujeto. Es la ciudad el lugar de los trayectos y la trayectividad, de la proximidad entre los sujetos. Virilio trabaja con la hipótesis de que la destrucción del concepto de ciudad como el lugar de la proximidad, de los trayectos posibles y de la unidad de población implicaría la desintegración y la deconstrucción de los sujetos, instaurando una especie de “guerra civil fría” entre los individuos. Virilio, desde una mirada profética, apunta a que el espacio virtual significa la pérdida de la ciudad real, que Internet y las autopistas de la información tienden a urbanizar el tiempo real en el momento en que desurbanizan



zan el espacio real, y ésta es la catástrofe de la ciudad de fin de siglo: devenir en megalópolis. Es la destrucción, porque esta desurbanización del lugar real implica la tergiversación del espacio subjetivo: el que está más lejos, el que no comparte la ciudad, está más cerca que tu conciudadano, que es ahora otro alejado e imposible. Y este trueque de lugares es para Virilio una forma de “disolución política de la especie humana”. El sujeto está ahora encerrado, disciplinado en términos foucaultianos, en la rapidez y en la inanidez de todo desplazamiento. En esta ciudad donde únicamente es posible el trayecto virtual, el habitante ya no es el ciudadano, el cuerpo, sino el hombre-planeta, que no tiene conciencia de la distancia, y el clon. La política de control es ahora la globalización de lo urbano, donde las ciudades ya no tienen centro, sino que algunas ciudades se convierten en centro del mundo y el resto son lugares de supervivencia. Por encima de estas ciudades-centro se sitúa la amenazante metaciudad, la virtual, la que está por todas partes y por ninguna visible, la ciudad-Dios.

La mirada apocalíptica de Virilio implica el deseo de la vuelta a las sociedades tradicionales, marcadas por el concepto de frontera, tanto a nivel de sujeto como de objeto y con los procesos de visibilidad y ocultamiento tácitamente prefijados. De ahí que los espacios de resistencia que propone frente a esta sociedad de la pantalla, de la iluminación absoluta de los instantes, sean los de la vuelta al encuentro con el otro y con el lenguaje, borrando las distancias. Posición de filiación ética que sugiere, como modo de recuperar al otro, la negación del divorcio y la reinstauración de la perdida “conversación al caer la tarde”. En definitiva, se podría decir que la propuesta de Virilio pasa por transformar el discurso prohibitivo y sancionador del “Niños, no corráis por el patio, os parecerá más grande”, en un “Corred, corred, niños, por el gran patio acotado”.

ANA BELÉN CARAVACA HERNÁNDEZ
Universitat de València

